

CRÓNICA DE MIL COLORES.

I

Hubo una vez una jovencita en un pueblo, tan bonita que daba gusto verla! La belleza de la mozuela traía locas á la madre y á la abuela; la abuela desempeñaba el destino de ama de llaves en el castillo de Saint-Loup.

La muchacha no era más ni menos sencilla que sus compañeras; lo que sucedía era que desde un viaje, que hizo á París con su abuela se había aprovechado tanto, que imitando el «chic» de las parisienses, pasaba por la más graciosa é interesante de su pueblo.

¿Qué pasó con este viaje á la capital del mundo civilizado?

Nada digno de referirse. La abuela lo había emprendido para ir á recoger un legado de algunos centenares de escudos, que se disiparon como el humo en la compra de golosinas y adornos para uso de la nietecita, que había querido ensayar sus dientes de pequeña en el gran arte de engullir herencias.

II

A los trece años, nuestra heroína ya no era una niña; tenía el talle fino y bien formado, el seno blanco, los ojos grandes y negros, y las manos blancas y pequeñas.

Era coqueta,

Maliciosa,

Provocativa,

Voluntariosa,

Vanidosa,

Glotona,

Caprichosa,

Curiosa,

E hipócrita;

Reunía, en suma, todas las cualidades que son necesarias á una joven hecha ya y derecha.

En el estío, para precaverse del aire que raja el cutis, y del sol que lo quema, tenía la costumbre de usar un pequeño paño de sol, de lana.

En invierno usaba el mismo paño de sol, comprendiendo con su naciente coquetería que le estaba muy bien.

A la costumbre de usar ese tocado un poco extravagante debía el sobrenombre con que era conocida, más bien que á su semejanza con la Caperucita encarnada, que el malvado lobo se encontró tan confiada, como tierna y succulenta.

III

Un día, su madre, que había hecho cocer galletas, le dijo:

«Vé á ver al castillo cómo está tu abuelita, pues me han asegurado que está enferma, y le entregas de mi parte esta galleta y este botecito de mantequilla.»

La jovencita, que no deseaba, ni tenía otra ilusión que la de correr á través de los campos y sembrados, tomó el botecito de mantequilla en la mano derecha, puso la galleta bajo su brazo izquierdo, y se lanzó al campo ligera como una mariposa que ensaya sus nacientes alas.

Tenía quince años, edad dichosa en que el alma se entrega al amor como la flor á los rayos del sol, y no sabía conjugar el verbo amar tal como nos lo enseñan los gramáticos.

Pero en cambio tenía en los dedos de la mano, sin haberlo aprendido, el arte tan complicado de la teneduría de libros por partida doble, según los métodos antiguos y modernos.

El Debe y el Haber no tenían dificultades ocultas para ella.

Capital!

Interés!

En Caja!

eran las solas palabras que contenía su diccionario.

Interin que sus pequeñas compañeras decían: Yo te amo! á todo lo que respira, al pájaro que pasa y al enamorado que se detiene, ella decía: Si, como lo espero, á los veinte años he puesto en caja un millón, los intereses capitalizados me darán bien pronto dos; y cuando tenga tres, pensaré en que soy joven.

Ved el secreto de esta anomalía:

Las buenas hadas que presidieron el nacimiento de nuestra heroína, habían llevado el colmo de sus favores hasta privarla de ese órgano de lujo, que se llama corazón y que es la causa primitiva de todos los males y todas las penas humanas.

IV

En una de sus correrías, la Caperucita color de rosa, se encon-

tró una mañana al hijo único del viejo barón de Saint Loup, en compañía de su preceptor.

Las miradas de ambos jóvenes se cruzaron como un doble fuego de artillería.

La aldeanita no bajó la vista ante este encuentro. Por el contrario miró fijamente al caballero Avenant de Sain-Loup y le sonrió enseñando sus hermosos dientes:

«Buenos días, monseñor!»

El joven se ruborizó como hubiera debido hacerlo la aldeanita, y balbució un:

«¡Buenos días, señorita,» apenas perceptible.

El caballero Avenant tenía veinte años ya cumplidos, una figura simpática, ojos azules como el azul del cielo y cabellos rubios como los de Apolo; pero su inteligencia no correspondía á las cualidades antes dichas; era un poco simplón por no decir una palabra algo más dura á propósito de tan amable caballero.

—¡Hé aquí un guapo mozo, díjose á sí misma la Caperucita color de rosa, después del primer encuentro. Pronto lo engulliré y haré que me ame hasta el delirio, ó más bien haré que se case conmigo, lo que viene á ser lo mismo.

Ya lo tengo guardado aquí y acá, añadió ella tocándose la frente y el lugar en que los demás tienen el corazón; día vendrá en que llegué á ser la mujer del hijo de mi señor.

A pesar de la revolución que cree torpemente haber abolido para siempre los títulos y señoríos, el hombre que habita el castillo ó la mejor casa de campo de una aldea, es siempre el señor á los ojos de los paisanos, que se creerían deshonrados si no pudieran dar este nombre á alguien, aunque fuese este alguien un pillo enriquecido en el presidio ó un boticario retirado.

V

Dos montañas no se encuentran, dice la sabiduría de las naciones, pero dos jóvenes sí se encuentran; sobre todo, cuando no tienen más deseo que el de encontrarse.

La Caperucita color de rosa siguió encontrándose varias veces, en el camino, á Avenant, por casualidad algo prevista y arreglada de antemano.

El jovencito se ruborizaba aún, pero se ruborizaba menos; pronto dejó de ruborizarse; llegó á articular palabras casi inteligibles, después frases muy claras. En fin, un día, día tres veces dichoso, se atrevió á tomar la mano de la aldeanita y llevarla con galantería á sus labios.

Desde ese momento las citas se sucedieron sin interrupción, y la astuta muchachuela, queriendo precipitar el desenlace que había

soñado, preparó su red con maquiavelismo digno del difunto Lovelace, que jamás ha existido.

VI

Partió, pues, para el castillo con su galleta y su botecito de mantequilla.

Interin consideró que su madre podía verla, siguió el camino real con paso menudito, tal como una persona razonable debe andar sobre el piso cuidado por el señor prefecto; pero al primer recodo del camino cambió bruscamente el rumbo y á todo correr tomó por una vereda que conducía directamente al parque del castillo de Saint-Loup, lugar en donde estaba segura de encontrar al caballero Avenant. Había apenas comenzado su loca carrera, cuando de repente se encontró frente á frente con el viejo de Saint-Loup, que volvía de caza.

—A dónde vais tan de prisa hermosa niña? le dijo tomándole las dos manos.

—Voy al castillo, señor barón, voy entregar esta galleta y este botecito de mantequilla á mi abuelita, respondió la Caperucita color de rosa, bajando los ojos con mucha humildad y candidez.

—Si vas al castillo iremos juntos, pequeñuela; é incontinentemente trató de darla un beso.

—Imposible, dijo la aldeanita, salvándose con la ligereza de una cervatilla espantada; yo no voy por el mismo camino que el señor barón.

—Qué importa eso, tu camino será el mío.

—¿De veras? pues el mío no será el vuestro; mi madre me ha recomendado mucho que evite la compañía de los hombres, y sobre todo la de los lobos.

—Cruel niña, según eso, tú no quieres amarme.

—¿Que no os amo, señor barón? todo lo contrario, os estimo y os venero.

—¿Quién diablos te pide tu veneración? exclamó el barón enojado, ¿acaso soy yo un vejancón de ciento y siete años? Ah! si quisieras escucharme un rato..... nada más que un rato, yo haría por agradarte.

—¿De veras?

—A fe de gentil hombre! Haz la prueba inmediatamente.

—Pues bien, llevad mi galleta y mi botecito al castillo. Depositadlo en el despacho, de donde yo lo tomaré y os quedaré reconocida.

Te los llevaré y más tarde te diré como entiendo yo el reconocimiento. ¿Cuándo te volveré yo á ver, mascarita?

—Probablemente mañana temprano..... porque ya es bastante

tarde, y tendré que quedarme en el castillo con mi abuelita. Hasta otra vista, señor barón; y volvió á emprender su carrera.

—Ah! si tú quisieras, si tu quisieras..... gentil caperucita color de rosa, díjole de nuevo el viejo barón de Saint-Loup corriendo y cojeando tras de ella.

—Sí, sí, está bueno, ya conozco vuestro refrán, me lo habeis dicho más de una vez.

—«Te amaré mucho.»

La aldeanita seguía corriendo.

—«Te haré rica.»

La aldeanita seguía corriendo.

—«Te haré feliz.»

La aldeanita seguía corriendo.

—«Te haré baronesa de Saint Loup.»

La aldeanita se detuvo de repente.

«¡Baronesa!» ¿ha dicho baronesa? se preguntaba á sí misma, haciéndose todo oídos para volverlo á oír, pero inútilmente, porque el pobre señor de Saint Loup, no pudiendo más con la carrera, cayó rodando sobre el césped.

Bah! Bah! se dijo ella; pues, no soy buena tonta de preocuparme con las declaraciones de este viejo loco! Casándome con su hijo llegaré también á ser baronesa, y mi marido será joven, hermoso y tonto, tres grandes cualidades para un marido! Vete, vete, viejo feo, no has de ser tú quien se engulla á la chicuela; la chicuela, por el contrario, será quien se engulla á tu lobezno, que en verdad es guapo mozo.

VII

Al cabo de un cuarto de hora de carrera la aldeanita llegó y se entró furtivamente en el parque del castillo de Saint Loup.

—¿Qué sucedé? díjole al joven Avenant, á quien encontró sentado sobre un banco de granito musgoso, con semblante triste y abatido, ¿qué os ha acontecido, mi hermoso caballero?

—La más grande de las desgracias.

—Os comprendo: habeis hablado de nuestro casamiento al barón y ha rehusado dar su consentimiento.

—Es la verdad.

—Me lo esperaba. Pero es igual, Avenant habeis dado una prueba de valor; y estoy contenta de vos en prueba de ello, venidme á besar en ambas mejillas como recompensa.

El joven obedeció con los ojos bajos.

Ahora, sentaos á mi lado, y hablemos seriamente, pero antes de todo dadme vuestro pañuelo, para que enjague el sudor que corre por vuestra frente. Pobre niño! aún no os acostumbrais á las lu-

chas de la vida! Mirad cómo vuestros hermosos ojos están rojos. Habeis llorado, y vuestros rubios cabellos están pegados á las sienes, como si hubierais tomado un baño. Angel querido, no tembleis así: ¿acaso no estoy cerca de vos para defender nuestra felicidad? añadió ella tomando un tonito protector y volviéndose á poner el paño de sol, que se había quitado para que Avenant, pudiese con más facilidad besarla.

—Ahora volveos al castillo, y arreglad vuestras maletas de viaje.

—¿Para qué? dijo Avenant, mirando á la Caperucita color de rosa, con aire sorprendido.

—¿Cómo para qué? No habeis, pues, comprendido inocente niño, que como consecuencia de vuestra necia confesión el señor barón va á mandar espiaros?

—¡Es muy posible!

—Y ya no nos volveremos á ver.

—¡Cielos!

—Y que si nos sorprende juntos, os encerrará en vuestro cuarto.

—Es muy probable!

—Y vuestra Caperucita color de rosa morirá de pesar lejos de su amado.

—¡Jesús María!

—Tranquilizaos, le dijo ella riendo á carcajadas, ya he encontrado remedio á nuestros males. Esta tarde os robo; es decir vos me robais y partimos para Paris; allá encontraremos dinero en el bolsillo de los agiotistas, de personas de quienes diremos mucho malo después de que nos hayan servido; yo sé perfectamente como se hace todo ésto. Vos firmareis libranzas con fechas imaginarias, pagaderas al año, Vamos, miedocillo, consolaos y sonreidme, que os vea vuestros lindos dientes más blancos que la leche de mi hermosa vaca negra.

—Pero cómo pagaré dentro de un año!

—¿Es menester deciroslo? No sereis mayor de edad dentro de seis meses?

—Sí,

Pues bien, vendereis vuestros sembrados.

—Son de mi papá.....

—O vuestras hermosas granjas.

—Son también de papá.

—O vuestros lindos bosques.

—Son también de papá.

—O vuestro gran castillo

—Es de papá.

—Según eso todo es de vuestro papá? dijo la Caperucita color de rosa, levantándose súbitamente.

—Sí. Mi madre era pobre, toda nuestra fortuna pertenece á pa-

pá: pero mis dientes, mis cabellos, mis ojos y mi sonrisa que tanto amais me pertenecen.

—Esto sólo me faltaba, reflexionó la joven, fracasó mi negocio.

—Sin embargo, tranquilizaos, dijo Avenant, que con todo y su inocencia había notado el desconsuelo de su amada; he encontrado un medio infalible de conciliarlo todo, y de que al fin y al cabo me conceda mi padre la razón.

—Veamos ese medio, dijo la pequeñuela, creyendo por un instante que Avenant era menos imbécil de lo que se había imaginado.

—Partiremos juntos é inmediatamente como lo deseais: nos amaremos con ternura, trabajaremos para poder vivir. Nos casaremos cuando las leyes quieran permitirnoslo, y cuando ya tengamos media docena de chiquitos, ellos irán á arrojarse á los piés de su abuelito, que nos perdonará, tan pronto como sepa lo mucho que hemos sufrido.

—¿Ese es vuestro proyecto? Y creís señor, que sea yo una muchacha capaz de desviar á un joven de sus deberes? os equivocais, adios—y volvióle la espalda al pobre Avenant, que se quedó lelo y aturdido con tan inesperada fuga.

E iba diciendo la Caperucita color de rosa: el barón es viejo y feo, pero rico y me adora. Pues..... en lugar del lobezno engullíreme al lobo. Es más duro, es cierto, pero al fin tengo buenos dientes.....

La joven apresuró el paso, por que la noche comenzaba ya á sombrear la tierra; no se distinguía más que una que otra luz en el castillo, y los grandes álamos movidos por el viento, parecía que saludaban á su paso á la futura propietaria del dominio.

VIII.

Después de poner en punta sus huesos de setenta y dos años, el barón exclamo:

“Por el blasón de mis padres que me ahorquen, ni más ni menos como á un villano, si no estoy yo perdidamente enamorado de esa deliciosa Caperucita color de rosa, y si se la dejo al bonachón de mi hijo que aun no está en edad de poder apreciar bocado tan sabroso ¡Y qué! yo que tengo algo de Richelieu en el ojo derecho y algo de Lauzun en la nariz izquierda, no lograré al cabo triunfar de una aldeanita? Eso lo veremos, por la sangre azul que circula en mis venas! Las revoluciones habrán podido abolir los privilegios; pero no bastardear las razas! Yo soy lo que eran mis abuelos; valgo lo que mis antepasados. Mi tatarabuelo «messiere le Loup» se engulló á Caperucita. Yo engulliré á la mía. La de mi tatarabuelo era encarnada, la mía será color de rosa; que al fin el color no importa nada. De lo que se trata es de hacer una jugarreta,

una jugarreta á mi manera, una jugarreta á estilo de la «regencia.»

Y el barón se puso á escarbar los recuerdos de su juventud.

“A fe mía, díjose, después de haber reflexionado maduramente, que las viejas astucias son siempre las mejores, por la sencilla razón de que ya han servido muchas veces—Esta noche me introduciré en la habitación de mi ama de llaves, alejaré con cualquier pretexto á la anciana, y cuando la Caperucita llegue, veremos!

IX.

Entre tanto que el viejo barón absorto en sus ideas anacreóticas volvía al castillo ligero, como un joven de quince años, la Caperucita color de rosa tocaba á la puerta de su abuela.

.....Toc, toc!.....

—“Quién es?”

—“Soy vuestra nieta!”

La buena abuela, que estaba acostada porque se hallaba enferma le grita desde la cama:

—“Tira del cordoncillo de la tranca y la puerta se abrirá.”

La joven tiró del cordoncillo y la puerta se abrió.

Al entrar se echó en brazos de su abuela, se la comió á besos, y le contó yo no sé qué enredo.

Lo único que sí puedo decir, es, que la anciana se vistió á toda prisa, y siguió á su nieta sin vacilar hasta detrás del patio, donde fué encerrada con tres vueltas de llave, por la cruel niña, sin tener piedad de su edad venerable, ni respeto á su sagrado título de abuela.

“Si no se me ha olvidado la historia de la Caperucita encarnada de quien descendo directamente, iba reflexionando la aldeanita mientras llegaba al cuarto de su abuela, cuarto que hacía veces también de comedor y sala, el lobo vendrá á querer engañar á la anciana, y se encontrará ya todo arreglado. Le disgustará?”

—“No lo creo.”

—“Entre tanto, arreglemos la mesa; se goza mejor de la conversación cenando.”

Apenas había puesto el mantel sobre una mesa vieja y coja, cuando tocaron á la puerta.

Toc, toc!

“Quién es?”

El barón de Sait-Loup, que quería entrar por astucia á un lugar al que podía presentarse como señor y dueño, respondió:

—“Vuestra nietecita me encargó que os entregase una galleta y un botecito de mantequilla que os envía su mamá.”

La Caperucita color de rosa le respondió engruesando la voz:

—“Tirad del cordoncillo de la tranca y la puerta se abrirá.”

El viejo barón tiró del cordoncillo y la puerta se abrió.
La joven, al verlo entrar, lanzó una larga y sonora carcajada.
—“Sentaos, señor barón, y cenemos mientras viene mi abuelita, que fué al bosque vecino para ver si las crías de cabras marchan bien.”

El barón se sentó.

Y la cena fué alegre.

Y la muchacha no se engulló al lobo, la primera noche; pero fina como el ámbar, no le permitió tampoco engullir nada.

Sin embargo, no llegó su severidad hasta el grado de desesperarlo; le concedió un poquito, muy poquito lo bastante para hacerse desear más.

X.

Al día siguiente, el viejo barón instaló á la Caperucita en una linda casa situada á dos tiros de arcabuz del castillo, en donde vive como una princesa de las “Mil y una noches.”

Se ha engullido ya las granjas, los bosques y los prados; aun no se engulle la baronía, pero llegará á conseguirlo, por medio de este paso lento y seguro que de nadie es conocido, mas que de la mujer y la tortuga.

El barón la acaricia desde la mano hasta el codo, pero cuando le acontece querer pasar de ese punto; ella le repele con la punta de su abanico, diciéndole con graciosa sonrisa:

—“Deseo ser baronesa de Saint-Loup!”

Veinte veces por hora y cien por día, el barón oye resonar á su oído, como un toque fúnebre, estas eternas palabras.

—“Deseo ser baronesa de Saint-Loup!”

Al fin llega el día en que más enamorado y repelido que nunca cae el barón á sus piés y exclama:

—Dentro de ocho días sereis baronesa de Saint-Loup.

XI.

Las más hábiles costureras de Paris fueron llamadas para arreglar los vestidos de la señorita que bien pronto será señora.

Todo el pueblo entra en movimiento.

Solo el caballero Avenant falta á la fiesta.

La astuta aldeanita, juzgando que un día ú otro, ese joven podría servir de obstáculo á su ambición, ha logrado que su padre lo envié á viajar para ver mundo y completar su educación. A estas horas, se encuentra en Palestina, lugar en que sus abuelos se cubrieron de gloria, allá por el año de 1160.

XII.

El día señalado para que se efectuasen estas felices bodas, desde el amanecer, la futura baronesa ya vestida, con corsé y de guantes, está lista para la ceremonia y envía á avisar al Sr. Alcalde y al Sr. Cura.

A medio día vienen á anunciarle que todos están dispuestos y que sólo al novio esperan.

Corre ella al cuarto del barón, toca y nadie le contesta. Entra... nada.—Le llama..... nada.—Corre más muerta que viva, hacia el lecho del barón, descorre violentamente las cortinas..... y ve!—Al viejo señor de Saint-Loup que dejó de existir súbitamente.

“Vaya, vaya, murmura en voz baja sin pestañear siquiera; esto es lo que se llama nadar, nadar y á la orilla ahogar, felizmente me queda por engullir el muchachuelo!” E incontinente, en el mismo cuarto del difunto, escribe la siguiente carta:

“Mi querido Avenant:

“Venid, vuestro querido padre ha muerto, y vuestra Caperucita color de rosa, que os ama con ternura, os espera para conducirlos al altar.”

XIII.

Avenant regresa por la posta; llega con bigotes grandes y engomados, más fuerte que cuando partió á la Palestina, pero ni siquiera con la mitad de la astucia de una joven de diez y seis años.

—“Querido Avenant, le dice ella al verlo, arrojándose á su cuello, cómo os he llorado! pero ya que estais aquí olvidemos todo.

—Ah! Caperucita color de rosa, qué voz tan dulce!

—Es para que te agrade, hermoso mío.

—Qué brazos tan hermosos son los tuyos!

—Es para abrazarte mejor.

—¡Qué grandes son tus ojos!

—Es para verte mejor, cielito mío.

—¡Qué blancos y menudos son tus dientes

—Es para morderte mejor, hermoso mío.

Y Tanto lo mordió y con tan buenos modos que al fin llegó á ser baronesa de Saint-Loup.

MORALEJA.

El autor de quien tomo esta leyenda agrega para concluir:

Si no os habeis burlado de mi cuento, queridos y honrados lectores debéis convenir conmigo en que los tiempos, las jóvenes y los hombres han cambiado mucho! Hoy ya no es un lobo quien se engulle á la chicuela; la chicuela es quien se engulle al lobo.